



El samurái.

Recurso de Estudio - Historia del Japón.



El samurái.

Los samuráis son la imagen que define el Japón medieval. Eran grandes guerreros dispuestos a librar batallas en un abrir y cerrar de ojos, preparados para dejar su vida en el camino por sus señores y, como ocurrió en algunos casos, totalmente dispuestos a rebelarse cuando lo consideraban oportuno.

Los antiguos habitantes de Japón, los **yayoi**, desarrollaron durante siglos las armas, la armadura y el código samurái. Las primeras armas incluían arcos, flechas y espadas. La armadura se componía de un casco para la cabeza y protecciones para la barbilla, el pecho y los hombros; con el tiempo apareciendo nuevos elementos para proteger las piernas, pues la armadura cambiaba según se introducían nuevas técnicas de combate: al principio se luchaba a pie en el suelo, pero cuando en el siglo V se introdujeron las caballerías se pasó a combatir a caballo; asimismo, si en los primeros tiempos se enfatizaba en la lucha con arco, cuando los mongoles invadieron Japón a finales del siglo XIII, se dio prioridad a la espada, que permitía un mejor combate cuerpo a cuerpo y degollar luego al enemigo; más tarde se comenzó a utilizar la lanza, que podía ser utilizada para golpear, cortar o ensartar; a mediados del siglo XVI se introdujeron las armas de fuego portuguesas.



El código samurái se basó en su primer momento en el código chino que establecía las virtudes del guerrero, denominado **Kyuba-no Michi (la vía del caballo y del arco)** y que luego dio lugar al código del **Bushido (la vía del guerrero)**, filosofía de vida del espíritu samurái. Éste se formó a partir de la unión de varios preceptos religiosos, entre los cuales fue especialmente importante la veneración a las fuerzas de la naturaleza que preconizaba el sintoísmo.



Sólo al final del período **Sengoku** y al principio del shogunato de **Tokugawa** se expresaron las “normas samurái” por escrito.

El fin de todo guerrero era llegar a la absoluta **claridad mental y física (sumi-kiri)** y ser un todo con el Universo, lo cual sólo se conseguía mediante un largísimo adiestramiento mental y físico. La parte psíquica llegaba a través de la meditación **Zen**, mientras que la corporal era resultado del entrenamiento constante de las artes marciales, el tiro con arco, la esgrima y la equitación; a éstas se sumaba un conjunto de normas de etiqueta y de comportamiento que regía todos los actos del samurai. La lealtad de éste al emperador o a su **señor (daimyo)** era incuestionable. Los samuráis habían eliminado el sentido de posesión de sus mentes; vivían de manera frugal, con absoluto desprecio por las cosas materiales, pues no les interesaba más que su honor y orgullo. Un samurái era retribuido por sus servicios con alojamiento y comida, jamás con dinero, pues además de mancillar al poseedor, provocaba en éste la preocupación por perderlo (es más, este rasgo subsiste todavía entre muchos maestros de artes marciales –**Sensei**–, que imparten en muchas ocasiones su docencia en forma gratuita).

Los samuráis estaban en lo alto de la jerarquía estamental japonesa. Su posición social les concedía incluso el derecho sobre la vida y la muerte de cualquiera que les faltase el respeto (**Kiritsu Gomen, literalmente “abatir y abandonar”**), pues estaban convencidos de que el pueblo bajo olvidaría fácilmente sus deberes en aras de una vida fácil y quieta si se les presentaba la oportunidad de hacerlo, razón que explica la constante vigilancia a que era sometido el campesinado por parte de los samuráis. Por otra parte, castigar a los delincuentes, sin someterlos a la ley era una práctica samurái firmemente establecida.





El samurái encaminaba su vida a ser el mejor en el Arte de la Guerra y, como guerrero que era, un samurái no tenía miedo de morir. Sin embargo, la muerte debía tener lugar en determinadas circunstancias. Una muerte heroica en, por ejemplo, una batalla, traería el orgullo sobre su nombre y sobre su familia durante generaciones, pero convertir un agravio personal en un combate era tomado como una demostración de poder y, por tanto, una cobardía.

Durante la batalla, los samuráis preferían luchar con un solo adversario, siempre de sus mismas características. Antes de entrar en combate invocaban el nombre de su familia, de su señor, su rango y sus triunfos.

Cuando habían dado muerte a su enemigo cortaban su cabeza y se la llevaban como prueba de su triunfo. Las cabezas de los generales y los oficiales de rango superior eran transportados hasta la capital.

Si un samurái era vencido o hecho prisionero no había más que un camino, el **harakiri o suicidio ritual**.





El samurái y el pescador.

Richard Kim

"The Weaponless Warriors", 1974.

Una historia para meditar...

Durante la ocupación Satsuma de Okinawa, un samurái japonés que le había prestado dinero a un pescador, hizo un viaje para recolectarlo a la provincia Itoman, donde vivía el pescador. No siéndole posible pagar, el pobre pescador huyó y trató de esconderse del samurái, que era famoso por ser corto de genio. El samurái fue a su hogar y al no encontrarlo ahí, lo buscó por todo el pueblo. A medida que se daba cuenta que no lo encontraba se volvió furioso. Finalmente, al atardecer, lo encontró bajo un barranco que lo protegía de la vista. En su enojo, desenvainó su espada y dijo: "¿Qué tienes para decirme", le gritó.

El pescador replicó, "Antes de que me mate, me gustaría decir algo. Humildemente le pido esa posibilidad." El Samurai dijo, "¡Ingrato! Te presto dinero cuando lo necesitas y te doy un año para pagarme y me retribuyes de esta manera. Habla antes de que cambie de parecer."



"Lo siento", dijo el pescador. "Lo que quería decir era esto. Acabo de comenzar el aprendizaje del arte de la mano vacía y la primera cosa que he aprendido es el precepto: **"Si alzas tu mano, restringe tu temperamento; si tu temperamento se alza, restringe tu mano."**

El samurái quedó anonadado al escuchar esto de los labios de un simple pescador. Envainó su espada y dijo: "Bueno, tienes razón. Pero acuérdate de esto, volveré en un año a partir de hoy, y será mejor que tengas el dinero." Y se fue.

Había anochecido cuando el samurái llegó a su casa y, como era costumbre, estaba a punto de anunciar su regreso, se vio sorprendido por un haz de luz que provenía de su pieza, a través de la puerta entreabierta.

Afinó su ojo y pudo ver a su esposa tendida durmiendo y el contorno impreciso de alguien que dormía a su lado. Muy sorprendido y explotando de ira se dio cuenta de que era un samurái.

Sacó su espada y sigilosamente se acercó a la puerta de su pieza. Levantó su espada preparándose para atacar a través de la puerta, cuando se acordó de las palabras del pescador: **"Si tu mano se alza, restringe tu temperamento; si tu temperamento se alza restringe tu mano."**



Volvió a la entrada y dijo en voz alta. "He vuelto". Su esposa se levantó, abriendo la puerta salió junto con la madre del samurái para saludarlo. La madre vestida con ropas de él. Se había puesto ropas de samurái para ahuyentar intrusos durante su ausencia.



El año pasó rápidamente y el día del cobro llegó. El samurái hizo nuevamente el largo viaje. El pescador lo estaba esperando. Apenas vio al samurái, este salió corriendo y le dijo: "He tenido un buen año. Aquí está lo que le debo y además los intereses. No sé cómo darle las gracias"



El Samurai puso su mano sobre el hombro del pescador y dijo:
"Quédate con tu dinero. No me debes nada. Soy yo el endeudado."